



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El estudio de la Historia Antigua en España bajo el Franquismo

Autor:

Polo Pina, Francisco

Revista:

Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna

2009, 41



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

Volumen 41 – 2009

ISSN 1853-1555 (en línea)

ISSN 1514-9927 (impreso)

Instituto de Historia Antigua y Medieval

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA ANTIGUA EN ESPAÑA BAJO EL FRANQUISMO*

Francisco Pina Polo

Universidad Zaragoza

En julio del año 1936, el general Franco se rebeló contra el gobierno legítimo republicano dando inicio a una sangrienta guerra civil que habría de terminar en abril de 1939. El triunfo de los rebeldes facciosos significó el comienzo de la oscura dictadura franquista, que habría de durar hasta que el dictador murió en la cama en el año 1975. En una obra teatral escrita y representada hace algo más de veinte años (F. Fernán Gómez, *Las bicicletas son para el verano*, Madrid 1984), cuya acción se desarrollaba durante la guerra civil, en el momento en que llega la noticia de que la guerra había finalizado uno de los personajes exclama: “Por fin ha llegado la paz”. Otro sin embargo, más realista, le responde amargamente: “No ha llegado la paz, sino la victoria”. Efectivamente, la victoria de los facciosos trajo consigo la venganza, y con ella una brutal represión que alcanzó a todos los ámbitos de la sociedad, por supuesto también, o incluso especialmente, al campo de la cultura, de la universidad y de la investigación.

El franquismo partía de la base de que era necesario extirpar de la sociedad todos aquellos elementos que los vencedores consideraban la anti España, símbolos de todos los males que supuestamente asolaban España. En nombre de lo que los franquistas llamaron la “cruzada”, apoyados ideológicamente por una iglesia católica claramente posicionada en su favor como guardián de la correcta moral, en lo que se denominó el “nacional-catolicismo”, se pretendía acabar con el anterior régimen político, pero también con cualquier indicio de pensamiento liberal, con las libertades individuales y colectivas.

En el campo de la historia, esto significó la ruptura con la tradición liberal de pensamiento, con el pluralismo y con los intentos modernizadores que se habían hecho en los años anteriores. En la práctica, la represión se tradujo en muertes, exilios y depuraciones. El Centro de Estudios Históricos, que hasta ese momento era el principal impulsor de la investigación histórica en el país, fue suprimido para fundar el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), un organismo concebido originalmente como instrumento de combate y de propaganda ideológica, aunque más adelante evolucionaría hacia posiciones profesionales de calidad. Las perspectivas de investigación que se habían abierto en las universidades se esfumaron, todo se centró en torno al clientelismo ideológico, y la actividad historiográfica se paralizó casi por completo. A esto contribuyó poderosamente el hecho de que al menos una treintena de historiadores, muchos de ellos los más importantes especialistas, se vieron forzados a exiliarse, dejando descabezada la disciplina, ahora en manos de fieles al nuevo régimen,

* Para agilizar la lectura del texto, he preferido prescindir de las notas a pie de página y adjuntar al final una bibliografía seleccionada que permitirá al lector, si así lo desea, profundizar en el tema objeto de este pequeño ensayo. El texto reproduce la conferencia que pronuncié en la Universidad de Buenos Aires en agosto de 2007.

algunos de ellos activos miembros de Falange y de las JONS, el partido fascista que desempeñó un papel fundamental en la sangrienta represión de los primeros años de la dictadura. Otros fueron depurados y apartados de la universidad. Los concursos de traslado y la convocatoria de oposiciones a cátedras de universidad durante los años cuarenta se rigieron por tribunales cuyos miembros eran nombrados por el ministro de Educación Nacional, y cuyas decisiones no se basaban en la calidad científica de los candidatos, sino en su adhesión expresa e inquebrantable al llamado “Movimiento Nacional”.

Todo eso se tradujo en un panorama de general mediocridad y cortedad de miras. El régimen franquista vivía encerrado en sí mismo y obligaba a la sociedad española a vivir al margen de lo que sucedía en Europa y en el mundo, convirtiendo a España en un país “diferente” - según un slogan turístico que más tarde se haría popular -, la auténtica “reserva espiritual de Occidente”. En ese contexto, la universidad española carecía de conexiones con el exterior y la historia era concebida poco más que como instrumento de conservación y difusión de las pretendidas esencias patrias y católicas frente a las perfidias extranjeras. El franquismo concibió la historia como un instrumento de propaganda y formación política, y esto tiene un amplio reflejo tanto en la investigación como en la docencia a todos los niveles, desde la escuela hasta la universidad.

La situación de rígido control empezó a relajarse en los años sesenta, cuando España inició la fase del desarrollismo y comenzó al mismo tiempo a abrirse al exterior. La represión ideológica y la censura seguían vigentes, pero la universidad española comenzó a activarse frente a la parálisis anterior. En el campo de la historia el número de profesores aumentó y, sobre todo, se produjo una profesionalización de la disciplina. Sólo a partir de entonces, en concreto desde la década de los años setenta, comenzaron a cosecharse resultados de una cierta originalidad acompañados de una progresiva salida al exterior.

El estudio de la historia en general durante el franquismo hay que entenderlo a partir de dos premisas fundamentales: el extremo nacionalismo español y el catolicismo integrista. Desde esa perspectiva, unida al aislacionismo fomentado por el régimen, la única historia que interesaba era la historia de España, no la universal, y en particular aquella parte de la historia patria en la que era más fácil la exaltación de la identidad nacional. En ese sentido, se entiende que la historia antigua no tuviera un papel nuclear, tampoco la Edad Media de los diferentes reinos enfrentados entre sí, sino que el período estrella era la época moderna. En ella era posible cantar a la grandeza de una España unida bajo los mitificados Reyes Católicos, una España convertida por fin en un gran imperio, descubridora y colonizadora de América. Era imposible competir con un período en el que la España siempre ejemplo de cristiandad evangelizaba medio mundo al tiempo que expulsaba a los infieles moros y judíos de su territorio y creaba la inquisición para depurar a los heterodoxos.

El estudio de la Historia Antigua tenía una desventaja añadida, cual era la inexistencia de una especialidad como tal. Hasta los años sesenta no hubo propiamente historiadores especializados en historia antigua en España. Quienes se dedicaban a ella lo hacían en tanto que filólogos clásicos, en menor medida especialistas en derecho romano o, en particular, arqueólogos. Con la excepción de Santiago Montero Díaz, catedrático en Madrid de Historia Universal Antigua desde el año 1946 (una persona perteneciente al partido fascista y activa como tal, que más tarde evolucionaría ideológicamente hasta llegar a ser apartado temporalmente de la universidad en el año 1965 por secundar las movilizaciones estudiantiles de ese año), las primeras cátedras de Historia Antigua fueron creadas entre 1965 y 1969 en Salamanca, Valladolid, Granada y Sevilla, ocupadas respectivamente por J. M^a Blázquez, A. Montenegro, M. Vigil y F. Presedo.

Del mismo modo, hasta 1971 no existió una revista específicamente dedicada a la Historia Antigua, la que bajo el título *Hispania Antiqua* comenzó entonces a publicarse en Vitoria, colegio universitario entonces dependiente de la universidad de Valladolid. Hasta ese momento, y antes de la aparición de otras revistas de ámbito nacional como *Gerión* o *Polis*, los artículos sobre el mundo antiguo se repartían en revistas dependientes de departamentos o institutos dedicados a la Filología Clásica o a la Arqueología, como *Emerita*, *Archivo Español de Arqueología*, *Ampurias*, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* de Valladolid, *Helmantica* o *Zephyrus*. Algunas de estas publicaciones existían ya antes del golpe de Estado de 1936, pero tras la guerra cambiaron sus direcciones, sus equipos de colaboradores y sus objetivos historiográficos, adaptados a la ideología de los vencedores.

Si nos centramos en las aportaciones que sobre el mundo antiguo se realizaron durante la época franquista, hay que partir de la base de que, con escasísimas excepciones, todos los estudios se referían a la historia antigua de España. La docencia en las universidades se extendía a la historia antigua universal, pero la investigación se limitaba a la de España, la única que realmente interesaba desde la perspectiva de su utilización ideológica para la época contemporánea. Tres ideas dominaron al respecto: en primer lugar la dimensión unitaria de la historia de España, traducida en la existencia de una personalidad propia española colectiva desde el mismo comienzo de la historia, el supuesto “espíritu nacional español”; en segundo lugar la idea de que España tuvo históricamente un destino imperial, un imperio con características civilizadoras como consecuencia del ser natural español; por último, la idea dependiente del siempre omnipresente nacional catolicismo de que España fue bastión del cristianismo, clave en su difusión porque, en realidad, los españoles eran una especie de cristianos “*avant la lettre*” incluso antes de Cristo.

En última instancia, el punto de partida de todas estas argumentaciones era el convencimiento de que los españoles gozaban desde tiempos inmemoriales de unas características innatas, inmutables y naturales que los caracterizaban en su conjunto como pueblo. Desde la perspectiva del siempre presente nacionalismo que lo coloreaba todo, y recogiendo la idea de José Antonio Primo de Rivera, fundador del partido fascista español, de que España era “una unidad de destino en lo universal”, estaba claro que la idea de España siempre había existido y que los españoles habían estado dotados siempre de unas mismas características que los definían y diferenciaban de todos los demás pueblos. Hay que hacer notar que la idea de la España eterna no es una tesis original del franquismo, sino que se encuentra con semejantes argumentos en historiadores de siglos anteriores.

En ese sentido, el lenguaje utilizado era importante. Por ello se hablaba siempre de España y no de Hispania, y de españoles y no de hispanos, incluso cuando alguien se refería a Viriato como uno de los grandes héroes españoles a pesar de ser lusitano y, por lo tanto, “portugués” siguiendo esa misma lógica. Esa idea de la unidad esencial y eterna de España y de los españoles está por ejemplo perfectamente representada por el título del libro publicado en el año 1945 por Antonio García y Bellido, quien además estaba a la cabeza del Consejo Superior de Investigación Científica, el centro oficial de la investigación creado por el franquismo. El libro se titulaba *España y los españoles hace dos mil años según Estrabón*, y se iniciaba con una dedicatoria al legendario rey de Tarteso Argantonio, que rezaba así: “el primer español de nombre conocido que supo admirar a Grecia”. Tampoco la elección de Argantonio era casual, puesto que Tarteso, el Tarteso de Adolf Schulten (*Tartessos*, Madrid 1971, 1921), entendido como un gran reino en el sur de la Península Ibérica, podía ser visto como antecesor del magno imperio español posterior.

A la historia antigua le correspondía por lo tanto el papel de albergar los orígenes del pueblo español y la primera manifestación de sus virtudes, que quedaron señaladas

en la historiografía como su espíritu independiente y belicoso, que junto con su heroísmo llevó a los españoles a combatir hasta la muerte contra cualquier invasor; su austeridad, sobriedad y sencillez de costumbres, una especie de estoicismo innato que se dio en llamar senequismo espontáneo; un elevado sentido de la dignidad humana, que unido a ese estoicismo igualitarista le acercaba al español de manera natural al cristianismo. Un buen ejemplo de definición del carácter nacional español con los rasgos citados se encuentra en la introducción escrita por Menéndez Pidal en la *Historia de España* que él dirigió, con el título “Sobre los españoles y la Historia”. Publicada en 1947, se convirtió lógicamente en obra de referencia sobre la historia española y fue por lo tanto muy influyente durante todo el franquismo. De hecho, la introducción de Menéndez Pidal se reprodujo incluso en las ediciones que de la obra se hicieron tras la muerte del dictador, cuando la visión de la historia de España se había hecho o comenzaba a hacerse mucho más plural, lo cual no deja de resultar sorprendente.

Otra cosa diferente era determinar cuáles eran los “españoles” de la Antigüedad, cuando existía una multiplicidad de pueblos muchas veces enfrentados entre sí, una división que era vista como una de las debilidades históricas de los españoles, ahora unidos de nuevo fuertemente bajo la égida del dictador. Los iberos ofrecían la imagen de un pueblo con una cultura desarrollada, dotada incluso de escritura antes de la llegada de los romanos. Su origen supuestamente norteafricano, sin embargo, unido a su nula resistencia a los colonizadores griegos y fenicios – puestos a elegir, naturalmente mejor los griegos europeos frente a los poco deseables fenicios semitas -, y la escasa oposición ejercida contra Roma, hacían de ellos un perfil poco adecuado a la heroica pugnacidad que debía caracterizar a los españoles. En ese sentido, eran preferibles los pueblos del norte y del centro de la Península Ibérica. Por un lado, el presunto origen centroeuropeo de estos pueblos célticos los aproximaba convenientemente a los arios; por otro lado, su larga resistencia frente a la dominación romana los convertía en perfecto ejemplo del carácter indómito español. Muy en particular eran ensalzados los celtíberos, vistos unánimemente como una fusión de celtas e iberos y situados casi providencialmente en Castilla, el territorio desde el que se impulsaría siglos más tarde la unificación de España (el castellano centrismo debe ser visto por otra parte como una de las características de la historiografía española bajo el franquismo). No obstante, no faltaba quien, como Antonio Tovar, veía en la Romanización el auténtico momento de unificación de los españoles, que antes de los romanos no tenían noción de idea nacional (“el español no sabe que lo es”).

Sea como fuere, hay un acuerdo general en ver los doscientos años de conquista romana de Hispania como un símbolo de lo español. Durante dos siglos se habían sucedido las guerras de independencia contra el invasor, los caudillos guerreros capaces de arrastrar con su valor e inteligencia a todo un pueblo frente a la gran potencia romana, las ciudades mártires cuyos habitantes estuvieron dispuestos a morir en bloque antes que entregarse. Se crean así los grandes mitos nacionales que debían servir de ejemplo a las nuevas generaciones de españoles: Sagunto, Numancia, Viriato... Basta con consultar los libros de texto que eran empleados en las escuelas en los años cincuenta y sesenta para comprobar que la historia antigua que los niños aprendían se limitaba a poco más que el estudio de estos *exempla* de heroísmo y al papel desempeñado por España en la difusión del cristianismo.

La ideología nacionalista que condicionó esta visión de España estuvo en la misma base ideológica de la rebelión de los franquistas, que no en vano se denominaban a sí mismos los “nacionales” frente a los “rojos” antipatriotas. Sin embargo, esta construcción no está alejada de otras reconstrucciones históricas igualmente esencialistas e identitarias alentadas por otros nacionalismos periféricos dentro de España. Tanto el nacionalismo catalán, como el vasco o el gallego, desarrollaron la idea de formar un pueblo con características culturales unitarias (incluso étnicas de acuerdo con la ideología

de Sabino Arana), presente en los respectivos territorios desde tiempos inmemoriales, desde la misma prehistoria, con una continuidad incontaminada hasta el presente. La utilización ideológica y política de la historia no es patrimonio exclusivo del nacionalismo españolista franquista, sino más bien una característica inherente a los nacionalismos.

Hay en el franquismo una permanente exaltación de la España imperial de época moderna, a la que el pueblo español estaría predestinado desde sus orígenes (Tovar: “el pueblo español, que ha sentido durante toda su Historia la vocación y el ansia de Imperio...”; “Los grandes dólmenes del sur llegan a tener esas grandes dimensiones de los panteones o los escoriales del imperio..., el imperio atlántico de Tartessos, el imperio mediterráneo de la cultura de Almería... no son todavía pero preparan lo que vendrá y dieron a España esa solera vieja que es imprescindible para los imperios”). Es éste un tema muy presente en los escritos y en los discursos de los fascistas falangistas españoles. En ese sentido el Imperio romano servía como modelo, o más bien como vehículo para que los españoles pudieran avanzar hacia su destino a través de su pertenencia a la Hispania creada por Roma, lo que significaba la primera unificación de los hasta entonces divididos españoles.

En realidad, existió una cierta ambigüedad en relación con Roma. Por un lado no dejaba de ser un Estado invasor a cuyo dominio los españoles se resistieron ferozmente. Por otro lado, era obvio que trajo consigo elementos culturales fundamentales en la articulación de lo español, entre ellos sobre todo la lengua, al fin y al cabo la lengua del imperio según se solía denominar al castellano. Pero, además, la organización del Imperio romano se vinculaba a Augusto, un jefe militar que habría terminado con la corrupción y el caos que habían dominado la fase final de la República romana – un período que no despertaba ningún interés –, trayendo consigo en cambio un período de paz y prosperidad con un régimen político nuevo en el que actuaba como único gobernante. Era simple, o más bien simplista, realizar un paralelismo entre Augusto y el caudillo Franco, y naturalmente se hizo.

La obvia vinculación de los fascistas españoles con los italianos de Mussolini acentuó este paralelismo. De ahí el papel desempeñado por algunos intelectuales falangistas en las celebraciones españolas del Bimilenario de Augusto, que se hacían eco de las que poco antes habían tenido lugar en Italia, en las que Mussolini se presentó a sí mismo como un nuevo Augusto dispuesto a resucitar el viejo imperio romano. Las conmemoraciones españolas tuvieron lugar en Tarragona y Zaragoza, las antiguas Tarraco y Caesar Augusta, respectivamente en los años 1939 y 1940. El pretexto en ambos casos fue el obsequio por parte de Mussolini de sendas copias del Augusto de Prima Porta a estas dos fundaciones romanas. Incluso se publicó poco antes (1938) en *Jerarquía*, una revista de ideología fascista editada en Pamplona, una edición de las *Res gestae divi Augusti*. En su introducción, el falangista Pascual Galindo, catedrático de Latín y vicerrector de la Universidad de Zaragoza, hacía una encendida apología de Franco, al que llamaba “*nuestro Imperator*”, “*princeps, pater patriae*”, y para el que reclamaba una inscripción similar cuando llegara “la victoria y el comienzo del Hispánico Imperio, ganado, salvado o restaurado por él”, parafraseando así a las propias *Res Gestae*.

El otro gran tema imperial presente en la historiografía franquista es el de la aportación española a la regeneración del Imperio romano. Se parte de la base de que todos los nacidos en las provincias hispanas eran “españoles”, dotados por lo tanto con las características propias e invariables del carácter español universal (M. García Morente, *Idea de la Hispanidad*, Madrid 1961: “en Roma al español se le conocía en seguida”). Trajano, nacido en la Itálica del Guadalquivir, es reivindicado como un gran emperador español que consigue revitalizar el Imperio romano. Otros personajes son presentados como decisivos en el enriquecimiento intelectual de Roma, como Séneca, Marcial o Lucano. Se llega a hablar de una auténtica hispanización del Imperio, que

gracias a estos personajes habría pasado de seguir un modelo imperial explotador a otro civilizador.

El tercer gran tema historiográfico del franquismo es el carácter decisivo del pueblo español en la difusión del cristianismo. José Antonio Primo de Rivera había afirmado: “La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además históricamente, la española”. Los rasgos que caracterizan supuestamente al español harían de él de manera natural un cristiano. De alguna manera los españoles sólo esperaban la venida de Cristo para desarrollar sus potencialidades religiosas. Por eso España habría recogido presuntamente con enorme entusiasmo el cristianismo desde época muy temprana. La predicación remontaría ya a Santiago, Pablo y los llamados siete varones apostólicos, y por lo tanto ya desde el mismo siglo I el cristianismo estaría muy extendido por España, donde también muy pronto surgirían los primeros mártires, por otra parte mucho más numerosos que en otras partes de la cristiandad. Si importante habría sido España en las primeras fases de difusión del cristianismo, decisiva habría sido la intervención de determinados españoles en su consolidación definitiva. Osio, el obispo de Córdoba, habría estado detrás del edicto de Milán del emperador Constantino, del cual era consejero. Y por supuesto la transformación del cristianismo en la religión oficial del Imperio se debió al español Teodosio, originario de la segoviana Cauca. Cuando más tarde España fue invadida por los bárbaros visigodos, los españoles se las arreglaron para cristianizar a los invasores. La militancia cristiana – más bien católica – de España habría sido una constante de su historia a partir de su mismo origen: lucha contra los musulmanes hasta su expulsión; lucha en época moderna por la defensa de la ortodoxia frente a la Reforma; lucha en el siglo XX contra el ateísmo y el comunismo.

Se puede ilustrar este conjunto de tópicos e inexactitudes convertidos en presunta verdad histórica con un texto de José María Pemán, una de las plumas más prolíficas del franquismo: “Las mujeres iberas llevaban sobre la cabeza un aro de hierro que servía para echar sobre él un velo con el que a menudo se cubrían la cara (supuestamente el antecedente de la típica mantilla que caracterizaba a la española honesta). La misma Dama de Elche aparece con la cabeza y el cuello pudorosamente cubierto de paños. Parece que las primitivas mujeres españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera Iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa...” (citado por Duplá en “El franquismo y el mundo antiguo...”, p. 185).

En última instancia, la historiografía franquista no fue original y no aportó en absoluto líneas de investigación de interés. Sus principales tesis significaron simplemente la hipertrofia de otras que desde el siglo XVI habían defendido un peculiar papel de la España cristiana en la historia universal. Su principal característica radica en su absoluto localismo y en su carácter políticamente militante, en su utilización como propaganda y como medio de adoctrinamiento de las nuevas generaciones, como corresponde a un régimen totalitario como era la dictadura del general Franco.

Apéndice

Lo mejor para entender en la práctica lo que los largos años del franquismo significaron para la creación y deformación de una determinada imagen de la historia antigua de la Península Ibérica es ofrecer algún ejemplo escrito de ella.

Franco no se caracterizó nunca por su finura intelectual, y desde luego no encontramos en sus discursos y escritos reflexiones sobre la Antigüedad. La única mención sobre el mundo antiguo hecha por el dictador es la siguiente, correspondiente a un discurso pronunciado en la fiesta de la Hispanidad del año 1950: “Atenas nos legó las ideas y la medida, Roma la unidad y el Derecho, el Cristianismo, la religión y la vida. Como el alma humana, la de Europa encierra también tres potencias inmutables: ideas de Grecia, voluntad de Roma, vida cristiana”. No es una reflexión especialmente interesante ni original, en cualquier caso tampoco con toda probabilidad le pertenece al propio dictador, aunque se desconoce el autor del texto.

Mucho más significativo resulta el libro publicado en el año 1955 por Antonio Almagro, con el título *Constantes de lo español en la historia y en el arte*. Tres años antes, este mismo autor había publicado otro libro titulado *El pueblo español y su destino*, cuyas tesis fundamentales están contenidas en este posterior. Antonio Almagro fue coronel del ejército franquista durante la guerra, ortodoxo militante falangista siempre fiel a las ideas de José Antonio Primo de Rivera, al que menciona con frecuencia – no así a Franco, al que apenas presta atención – y del que reproduce numerosas citas (de hecho comienza los capítulos con una cita joseantoniana, como por ejemplo ésta: “Ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en la vida”). Al parecer, en los años cuarenta y cincuenta tuvo responsabilidades en la Sección de Enseñanza del Frente de Juventudes, organización que desempeñaba durante el franquismo el papel de adoctrinamiento ideológico de los jóvenes españoles.

Ése era en efecto el objetivo declarado de Almagro en su libro, que comenzaba a modo de introducción con un capítulo sobre “el modo de ser español”, completado por un análisis de “lo español en el arte”. Esto era seguido de unos denominados “Guiones de historia para una enseñanza popular”, que se iniciaban significativamente con un apartado titulado “España, pueblo decisivo en la historia de la humanidad” (sin duda Almagro usa el término “pueblo decisivo”, que enlaza con el “destino en lo universal” de José Antonio, como equivalente a “pueblo elegido”, que prudentemente reserva a lo judíos), seguido de una peculiar visión de la historia de España en la Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna hasta el año 1939. Se trataba de algún modo de señalar las pautas que debían regir la enseñanza de la historia de España, y es por ello una obra de divulgación y propaganda. De hecho, sobre la base de los textos incluidos en este libro el citado Frente de Juventudes realizó un documental audiovisual titulado *Nueva visión de la historia*, que se conserva parcialmente y que contó con la voz de Matías Prats como locutor.

Recojo a continuación una síntesis significativa del contenido del libro de Almagro en lo que respecta al “modo de ser español” y a la época antigua, por lo que tiene de versión oficial franquista de la historia de España:

“Aparece ante nuestros ojos la línea histórica del pueblo español como un continuo avance a través de los tiempos hacia el destino universal que la Providencia de Dios le señala” (p.14). “Somos el único pueblo occidental del orbe romano que permaneció en continuidad directa con sus primeros pobladores y con los ideales universales de la grande y excepcional cultura mediterránea... por la providencial reunión de las ideas griegas, de la organización romana y del sentido español del hombre, cerrando su evolución con el imperio católico romano del ibérico Teodosio... Con ello la auténtica herencia mediterránea en sus más puras esencias, conjuntada con el modo de ser hispánico, se conservaría solamente en la Península” (p.18).

“Es sobre todo el sentido de la dignidad de la persona humana el motivo que se repite con más fuerza, expresado bajo una u otra forma... De idéntico medular origen brotarían otras supuestas constantes de lo español como la viva intuición de la igualdad esencial entre todos los hombres, la sobriedad y austeridad hispanas, el sentimiento trágico de la vida, el preferir el ser al tener, el vivir desviviéndose, el personalismo integral, la soledad y la melancolía trasfondo del carácter español” (p.26). “Somos la levadura y la sal de la historia del mundo y en ello radica nuestra potencia...” (p.198).

“Más allá de Grecia y Roma, hacia el último Occidente, va a entrar en escena otro pueblo decisivo, situado frente por frente de la rebelde Israel, en el otro extremo del Mediterráneo. Pueblo que desde sus primitivos orígenes siente profunda e instintivamente – sin serle revelado como a los judíos – que el hombre es algo distinto y superior a todos los seres creados... y tiene por ello la íntima certeza de que todos los hombres son hermanos e iguales los unos a los otros en lo más hondo de su ser” (p.209). “Este pueblo estaba habitado por un raza de misterioso origen, al parecer venida del sur por África, o bien de la legendaria y desaparecida Atlántida, a la que llamamos ibérica. Más tarde se mezcla con los celtas, los absorbe, y ya tenemos a pueblo celtíbero ocupando España... Al contacto del pueblo ibero con Roma, es decir, con el elemento extraño, brota por primera vez en la historia el espíritu y el sentido de lo que llamamos Hispanidad” (p.210). “Surge Viriato ante la tiranía de los primeros cónsules romanos. Las ciudades españolas Estepa, Numancia, como antes Sagunto frente a los cartagineses, prefieren acabar por la hoguera o el veneno antes de ver rebajado su sentido de la dignidad a un amo extranjero” (p.211).

“El sacrificio de los españoles durante más de doscientos años no fue estéril y desde entonces los íberos comienzan a influir sobre Roma, hispanizándola y convirtiéndola paulatinamente de Imperio nacionalista, tiránico y explotador de los pueblos dominados, en Imperio universal, establecido sobre las bases hispánicas de la dignidad, libertad e igualdad de todos los ciudadanos de todas las provincias conquistadas. Primero son los Balbos de Cádiz, uno de ellos consejero principal de Julio César, el gran Jefe que establece los primeros cimientos del Imperio universal y de la justicia social en Roma” (p.212). “Poco después el sentimiento hispánico de que todos los hombres son hermanos encuentra su expresión por la filosofía del español Séneca y por la influencia y el ambiente creado en Roma por otros numerosos españoles que se apoderan de la dirección intelectual de las clases superiores romanas... Séneca, y con él o antes de él, Marcial, Lucano, Columela, Mela, Séneca el Mayor... y otros muchos iberos triunfan en Roma durante el siglo I después de J.C. Séneca es el ministro y consejero de varios emperadores sucesores de César, y su pensamiento, que en lo más esencial es filosofía hispánica, se convierte en el pensamiento de la mejor intelectualidad romana... Después es Quintiliano, otro gran español, quien aconseja y educa a los emperadores Flavios y a lo mejor de la juventud romana dentro del espíritu ibérico. El emperador Vespasiano reconoce oficialmente esta superioridad de los españoles concediéndoles a todos ellos y exclusivamente entre todos los pueblos la ciudadanía latina y sus derechos” (p.213).

“La primacía natural de los españoles hace que en el siglo segundo después de Cristo sean desplazados los emperadores de origen romano por la serie hispanizante de los Antoninos... y suben al poder Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. Estos emperadores – tres de ellos españoles – son los encargados de llevar a la práctica el sentimiento del pueblo ibero” (p.214).

“Todo está ya dispuesto para que arraigue la predicación cristiana en el Imperio. Así es como los españoles cumplen la alta misión de preparar la siembra del cristianismo al transformar el poder de Roma y al hacer sentir a todos los hombres de su imperio la intensa sed de un Dios al que pudieran llamar padre. El sacrificio de los doscientos años de lucha con Roma y el heroísmo de los caídos españoles no ha sido en vano. Gracias a ellos la Hispanidad cumple su destino de preparar los caminos de Dios al llevar sus ideas

y su espíritu a la entraña del mundo romano” (p.215). “La suerte de la hispanidad irá siempre ligada al cristianismo, puesto que el pueblo español era precristiano por instinto y naturaleza y providencialmente preparado para absorber el mensaje de Cristo en la esencia de su manera de ser” (p.224).

“El cristianismo se abre paso. En Hispania es predicado por dos grandes apóstoles: Santiago y San Pablo. Más tarde San Pedro envió a los siete varones apostólicos. Los españoles encuentran en el cristianismo su antiguo anhelo de encontrar al Dios verdadero. Ahora comprenderéis perfectamente la enorme facilidad con qué debió prender el cristianismo entre los españoles. Concluye con Cristo el papel reservado por la Providencia a Israel de portador único de la antorcha de la verdad sobre el origen divino del hombre. En España, el pueblo ibero recoge el fuego de la verdad. Desde ese momento España se convierte en la cabeza y vanguardia del reino de Dios sobre la tierra y por ello de la paz universal entre los hombres” (p.218).

“Es entonces (en el siglo IV) cuando vuelve a aparecer el pueblo español para ejercer su destino de cristianizar al mundo por medio de un gran obispo de Córdoba, llamado Osio, principal consejero de Constantino, al que consigue convertir a la religión de Cristo” (p.219). “De un largo caos surge de nuevo en el siglo V un gran gobernador español, el emperador Teodosio, nacido en Coca, el que con un equipo español del cual forma parte el Papa San Dámaso y el gran poeta e historiador Prudencio, restablece la unidad y universalidad del Imperio, y decreta la religión cristiana, católica y romana como oficial para todo el Imperio”. “Luego será el propio pueblo ibero quien absorbe y convierte al catolicismo a sus invasores, los visigodos”.

BIBLIOGRAFÍA

- * ARCE, J.; OLMOS, R. (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid 1991
- * BRAVO, G., “La evolución de la Historia Antigua peninsular en el siglo XX. Ensayo historiográfico”, en A. Duplá – A. Emborujó (eds.), *Estudios sobre Historia Antigua e Historiografía moderna*, Vitoria 1994, 81-93
- * CÁMARA, G., *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1953)*, Madrid 1984
- * DUPLÁ, A., “Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España” *Rivista di Storia della Storiografia Moderna* 13 (3), 1992, 199-213
- * DUPLÁ, A., “Semana Augustea de Zaragoza (30 mayo-4 junio 1940)”, en G. Mora – M. Díaz Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga 1997, 565-572
- * DUPLÁ, A., “El franquismo y el mundo antiguo. Una revisión historiográfica”, en C. Forcadell – I. Peiró (eds.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza 2001, 167-190
- * DUPLÁ, A., “A Francisco Franco Imperator: las *Res Gestae Divi Augusti* de Pascual Galindo (1938)”, en J.F. González Castro – J. L. Vidal (eds.), *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid 2002, 525-530
- * DUPLÁ, A. “Una historia de España audiovisual y joseantoniana”, en D. Romero Campos (ed.), *La historia a través del cine. Memoria e Historia en la España de la posguerra*, Vitoria 2002, 15-34
- * DUPLÁ, A., (ed.), *Santiago Montero Díaz, De Caliclés a Trajano: estudios sobre la historia política del mundo antiguo*, Pamplona 2004
- * FOX, I., *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid 1997
- * GÓMEZ PALLARÉS, J.; CAEROLS PÉREZ, J.J. (eds.), *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid 1991
- * JUARISTI, J., *El bosque originario. Genealogías míticas de los pueblos de Europa*, Madrid 2000
- * MORA, G., “*Archivo Español de Arqueología*. Notas para una historia de la revista”, *Archivo Español de Arqueología* 75, 2002, 5-20
- * PASAMAR, G., *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza 1991
- * PRIETO ARCINIEGA, A., “El franquismo y la Historia Antigua”, en *II Jornades L'Autònoma i la innovació docent*, Bellaterra 1995, 44-51
- * TOVAR, A., *El imperio de España*, Madrid 1941

* WULFF ALONSO, F., "Nacionalismo, Historia, Historia Antigua: Sabino Arana (1865-1903), la fundación del nacionalismo vasco y el uso del modelo historiográfico español", *Dialogues d'Histoire Ancienne* 26,2, 2000, 183-211

* WULFF ALONSO, F., *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona 2003

* WULFF ALONSO, F. – Álvarez Martí-Aguilar, M. (eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga 2003